

—Me casaré con éste también, y punto concluido.

Sin embargo, no tarda en cansarse de él; no es bien formado, y apenas la da dinero de bolsillo; vacila entre los dos; echa sus cuentas.

—¿Cómo me llamaría yo con el otro? Mistress... Mistress... ¿Mistress qué? ¿Cómo se llama ese hombre con quien me he casado, ama?

—*Squire Fashion*.

—*Squire Fashion!* Bien. Más vale *squire* que nada. Pero vale más *mylady*. ¿Por ventura creéis que yo le quiero, ama? Maldito lo que me importa que le ahorquen, una vez casada con él. No; lo que me gusta es pensar en el golpe que daré cuando vaya á Londres, porque, cuando yo sea á la vez casada y dama, me pavonearé con las mejores de todas.

Sin embargo, es prudente; sabe que su padre «lleva en el cinto el látigo de los perros», y que la sacudirá de firme. Toma sus precauciones, por consecuencia.

—Pero oid, ama: tened cuidado de interponeros entre mi padre y yo, porque ya sabéis cómo las gasta; me tiraría al suelo de un puñetazo.

He ahí la verdadera sanción moral; para una ralea tan buena, no hay otra, y sir Tunbelly hace bien en tenerla atada, con un régimen invariable de punta-piés cotidianos (1).

IX

Llevemos á la ciudad á esa alhaja; pongámosla á ella y á sus congéneres en contacto con los elegantes.

(1) Véase también el papel del mocito estúpido y azopenca-do *squire* Humphrey (*A Journey to London*, Vanbrugh). No piensa más que en una cosa: en comer siempre.

Veremos maravillas en punto á máximas y acciones. *La Esposa lugareña*, de Vycherley, ha dado el tono. Cuando una de ellas, por casualidad, es medio honrada (1), tiene los modales y el desparpajo de un soldado de caballería con faldas. Las otras nacen con alma de ramerías y zurcidoras de voluntades:

—Si me caso con milor Aimwel—dice Dorinda—tendré título, rango, puesto de preferencia, parque, antesala, esplendor, coche, ruido, antorchas.—¡Hola! ¡aquí los servidores de milady Aimwel!—¡Luces, luces en la escalera!—¡Mandad que se adelante el coche de milady Ainwel!—¡A un lado! ¡plaza á su señoría!—¿No vale nada todo eso?

Es franca, y lo mismo las otras, Corina, miss Betty, Belinda. Belinda, por ejemplo, dice á su tía, cuya virtud flaquea:

—Cuanto antes capituléis, tanto mejor.

Un poco más tarde, cuando se decide á casarse con Heartfree, por salvar á su tía comprometida, hace una profesión de fe que pronostica á las claras el porvenir del nuevo esposo:

—Si no pesase en la balanza vuestro asunto, yo pensaría más bien en pescar algún marido odioso, siempre que fuese hombre de calidad, y tomaría al pobre Heartfree sólo por amante.

Esas damiselas son unas sabias, y en todo caso están muy dispuestas á seguir las buenas lecciones. Oigamos á miss Prue:

—Mirad esto, señora, mirad lo que me ha dado mister Tattle. ¡Ved, prima, una tabaquera! Y dentro hay rapé. ¿Queréis? ¡Dios mío! ¡qué bien huele esto! Mister Tattle huele bien por todas partes: su peluca, sus

(1) La Hipólita de Wycherley, la Silvia de Farquehar.

guantes, su pañuelo, todo huele bien, muy bien, mejor que las rosas. Oled, mamá, digo, señora. Me ha dado esta sortija por un beso.—(*A Tattle.*)—Haced el favor de dejarme vuestro pañuelo.—Oled, prima. Dice que me va á dar una cosa para que mis camisas huelan lo mismo. Esto es mejor que el espliego. Ya no quiero que el ama vuelva á ponerme espliego en las camisas.

Es el picoteo atolondrado de una urraca que echa á volar por primera vez. Tattle, ya á solas con ella, dice que va á hacerla el amor.

—Bueno. ¿Y de qué manera me haréis el amor? Andad, espero con impaciencia que empecéis. ¿Tengo yo que hacer también el amor? Es preciso que me digáis cómo.

—Es menester que me dejéis hablar, señorita; vos no debéis hablar primero. Yo os haré preguntas, y vos responderéis.

—¡Ah! ¿entonces es como el Catecismo? Corriente. Vamos, preguntad.

—¿Creéis que podréis amar?

—Sí.

—¡Diablo!, no debéis decir que sí tan deprisa; debéis decir que no, ó que no sabéis, ó que no podríais responder.

—¡Cómo! ¿de manera que he de mentir?

—Sí, si queréis ser bien educada; todas las personas bien educadas mienten; por otra parte, sois mujer, y no debéis decir nunca lo que pensáis. Así, cuando yo os pregunto si podéis amar, debéis responder que no, y amarme, á pesar de eso. Si os pido que me beséis, debéis indignaros, pero sin rechazarme.

—¡Ay, Dios mío, qué cosa tan bonita! Esto me gusta mucho más que la ranciedad lugareña de decir lo que se piensa. Sí, sí; yo he tenido siempre muchas

ganas de soltar mentiras, pero me asustaban, diciéndome que era un pecado.

—Con que veamos, hermosa mía: ¿queréis hacerme feliz, dándome un beso?

—¡De ninguna manera! ¡Me llenáis de indignación! (*Corre á besarle.*)

—¡Caramba!, está muy bien; pero no hubieseis debido dármele, sino dejar que yo me le tomara.

—¡Ah, bien!; pues volvamos á empezar.

Hace progresos tan rápidos, que hay que cortar aquí la cita. Y nótese que la cabra siempre tira al monte. Todas esas alhajas adoptan á escape el lenguaje de las fregonas. Cuando Ben, el marino rudo, quiere hacerla la corte, ella le despide, llenándole de improperios, se revuelve furiosa, suelta una andanada de chillidos y de dicharachos, le llama becerro marino.

—¡Yo, becerro marino, so puerca! ¡No soy bastante becerro para lamer vuestros morros pintados, cara de queso!

Excitada por esos piropos, se irrita, llora, le llama *barrica de alquitrán pestilente*. Acuden otras personas para poner término á esa primera entrevista. Ella se enardece, grita que quiere casarse con Tattle, ó, en su defecto, con el despensero Robin. Su padre la amenaza con los azotes.

—¡A mí que me importan los azotes! ¡Yo quiero un hombre! ¡Yo he de tener un hombre!

Esas hembras son yeguas, hermosas, si queréis, y retozonas; pero, decididamente, en manos de esos poetas, el hombre natural parece escapado de una cuadra ó de una pocilga.

¿Quedaremos más satisfechos del hombre culto? La vida de sociedad que pintan es un verdadero carna-

val, y las cabezas de sus heroínas son remolinos de fantasías extravagantes y de parlanchinería desenfundada. ¡Ved en Congrève cómo cotorrean, con qué flujo de palabras y afectaciones, con qué voz tan meliflua y cadenciosa, con qué ademanes, con qué contorsiones de los brazos y del cuello, con qué miradas hacia el cielo, con cuántos dengues y esguinces! (1).

—¿Estás segura—dice lady Wishfort—de que sir Rowland no se olvidará de venir, y de que no retrocederá, si viene? ¿Será importuno, Foible, y me instará? ¡Porque si no fuese importuno!... ¡Oh! ¡Yo no faltaré nunca á las conveniencias! ¡Me moriré de vergüenza si me veo obligada á hacer insinuaciones! ¡Oh, no! ¡Jamás podré hacer insinuaciones! Si él espera eso, me demayaré. No; supongo que sir Rowland tiene demasiada educación para poner á una dama en el caso de faltar á las formas. No quiero, sin embargo, ser demasiado recatada, no quiero desesperarle; pero un poco de altivez no está de sobra, un poco de desdén atrae.

—Sí; un poco de desdén conviene á la señora.

—Sí; pero me conviene más que todo la ternura, una especie de languidez. ¿Ves este retrato, eh, Foible? Ves que hay cierto desvanecimiento en la mirada. Sí; yo tendré esa mirada. Mi sobrina quiere imitarla, pero no posee las facciones que corresponden. ¿Es guapo sir Rowland? Que se lleven mi ropa; me vestiré arriba. Quiero recibir aquí á sir Rowland. ¿Es guapo? No me respondas. No quiero saberlo. Quiero ser sorprendida, quiero que se me coja de sorpresa. ¿Qué te parezco, Foible?

—Arrebatadora, señora.

(1) Congrève: *The Way of the World*.

—Bueno; pero ¿cómo le recibiré. ¿En qué actitud he de hacer la primera impresión sobre su corazón? ¿Estaré sentada? No, no quiero estar sentada. Estaré andando. Sí: andaré cuando él entre, como si viniese de la puerta, y luego me volveré de cara. No, sería demasiado brusco. Estaré echada; eso es: estaré echada. Le recibiré en mi gabinetito; allí hay un sofá. Sí: haré la primera impresión desde un sofá. Pero no estaré echada, sino recostada, apoyada sobre un codo, y asomando y columpiando un pie con aire pensativo. Sí, y entonces, en seguida que aparezca él, me sobresaltaré, me quedaré sorprendida, y me levantaré para recibirle en el desorden más seductor.

Esas agitaciones de coqueta madura llegan á ser más vehementes aún en el momento crítico (1). Lady Pliant, especie de Belisa inglesa, se cree amada de Millefond, que no sueña en tal cosa, y que en vano procura desengañarla:

—¡Por el santo cielo, señora!

—¡Oh! No nombréis más el cielo. ¡Dios mío! ¿Cómo podéis hablar del cielo con tal perversidad en el corazón? Pero quizá no pensáis que eso sea un pecado. Dicen que hay *gentlemen* entre vosotros que no piensan que sea un pecado. Puede que no sea un pecado para los que piensan que no lo es. A la verdad, si yo pensase que no era un pecado... Sin embargo, mi honor... No, no, levantaos, venid, veréis qué buena soy. Yo sé que el amor es poderoso y que nadie puede evitar que le subyugue. No es culpa vuestra... Y juro que mía tampoco. ¿Cómo podía yo evitar tener encantos? ¿Y cómo podíais evitar vos que os cautivasen? Juro que es sensible de veras que sea una falta; pero

(1) Congrève: *Double Dealer*.

mi honor... Sí, y el vuestro... ¡Y el pecado! ¡Sí, y la necesidad!... ¡Ay, Dios! Alguien viene. No me atrevo á quedarme. Bien; debéis reflexionar en vuestro crimen y luchar cuanto podáis contra él; luchar, sí; pero nada de poneros melancólico, ni de desesperaros. No soñéis tampoco que yo haya de concederos nunca nada. ¡Oh! No, no... Pero es menester que desechéis toda idea de matrimonio, porque, aunque me conste que no queréis á Cintia más que como una pantalla para consagraros á vuestra pasión por mí, sin embargo, estaría celosa. ¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que he dicho? Celosa, no, no. Yo no puedo estar celosa, puesto que no debo amaros. Nada esperéis, pues; pero no desesperéis tampoco. ¡Oh! Ahí vienen. Es menester que yo me vaya. Se va, y no la seguimos.

Ese atolondramiento, esa volubilidad, esa elegante corrupción, esas maneras alocadas y afectadas se compendian en un retrato, que es el más brillante y distinguido de este teatro: el de mistress Millamant, una «bella dama», dice la lista de los personajes (1). Entra á toda vela, con el abanico abierto, hendiendo la apiñada muchedumbre de galanes que se agolpan á su paso. Desdeñosa y petulante, vivaracha y burlesca, se divierte con las galanterías, tiene horror á toda palabra grave y á toda acción seria, no se aviene más que con el cambio y el placer. Se ríe de los sermones de Miravell, su pretendiente.

—Pero no pongáis esa cara trágica, severa y pensativa, como Salomón en un antiguo tapiz, cuando van á partir al niño... ¡Ja, ja, ja! perdonad que me ría, aunque convengo en que el caso es algo bárbaro.

Suelta la carcajada; á poco se enfurece; luego bro-

(1) Congrève: *The Way of the World*.

mea; después canta; más adelante hace mohines. La decoración cambia á cada movimiento y á la vista. Es un verdadero torbellino: todo da vueltas en su cerebro, como en un reloj que tiene roto el muelle. Nada más peregrino que su manera de tomar el matrimonio.

—¡Ah! yo no me casaré nunca sin estar segura ante todo de hacer mi voluntad y mi gusto. Oid bien: después que esté casada, no quiero que se me pongan motes; como lo digo: no quiero motes.

—¡Motes!

—Sí, como dueño mío, amor mío, corazón, mío, prenda mía, encanto mío, tesoro mío, y todas esas familiaridades nauseabundas que suelen usarse entre marido y mujer. Eso no lo aguantaré jamás. Buen Mirabell, no seamos nunca familiares ni tiernos. Jamás vayamos juntos de visita ni al teatro. Seamos extraños el uno al otro y muy comedidos; tan extraños como si nos hubiésemos casado hace mucho, y tan comedidos como si no estuviésemos casados... Yo seré libre de hacer y recibir las visitas que quiera, de escribir y recibir cartas, sin que me interroguéis ni me pongáis ceño. Comeré en vuestra compañía cuando me plazca; comeré en mi gabinete cuando esté de mal humor, y sin dar explicaciones. Mi gabinete será inviolable; jamás os acercaréis sin pedir permiso; y siempre, esté donde esté, llamaréis á la puerta antes de entrar.

El código es completo; yo, sin embargo, añadiría otro artículo: la separación de bienes y de cuerpos; sería el verdadero matrimonio de buen tono, es decir, el divorcio decoroso. Y respondo de que á eso llegarán Mirabel y su mujer en el plazo de dos años. Todo este teatro conduce á ese fin; porque adviértase que,

en punto á mujeres, sobre todo á esposas, no he presentado sino los aspectos más favorables. El fondo de tal teatro es sombrío, amargo y pernicioso. Presenta el hogar como una cárcel, el matrimonio como una guerra, la mujer como una rebelada, el adulterio como una solución, el desorden como un derecho, y la extravagancia como un placer (1).

Una mujer de tono se acuesta de madrugada, se levanta al mediodía, maldice á su marido, oye expresiones libres, corre á los bailes, frecuenta los teatros, hace trizas las reputaciones, pone un garito en su casa, pide dinero prestado, provoca á los hombres, tira por los suelos su honra y su fortuna.

—Somos tan perversas como los hombres—dice lady Brute—pero nuestros vicios toman otro rumbo. A causa de nuestra cobardía, nos contentamos con morder por detrás, mentir, hacer fulleras y otras cosas por el estilo. Como ellos tienen más valor que nosotros, cometen pecados más audaces y más imprudentes: se enzarzan, se pegan, juran, beben, blasfeman, y así á este tenor (2).

¡Excelente resumen en que entran los *gentlemen* lo mismo que los demás! El trato de gentes no ha servido más que para proveerlos de frases correctas y de ropa lujosa. Su estilo, especialmente en Congrève, es de lo más elegante; saben, sobre todo, dar la mano á las damas, y hablarlas de novedades; son peritos en la esgrima de las réplicas; no se cortan nunca, saben buscar rodeos para dar á entender las cosas más escabrosas; discuten muy bien, hablan excelentemente,

(1) Vanbrugh: *Relapse*, acto II, final.—Véase también *A Journey to London* del mismo Vanbrugh, y *Love for Love*, de Congrève.

(2) Vanbrugh: *Provoked Wife*.

saludan mejor aún; pero, en fin, son unos bellacos. Son epicúreos por sistema y seductores de profesión. Ponen en máximas la inmoralidad, y razonan su vicio.

—A mí—dice uno de ellos—dadme un hombre que tenga sus cinco sentidos tan aflados y brillantes como su espada, y que los conserve siempre desenvainados en el orden debido, con la razón por general, para destacarlos alternativamente sobre todo placer que se ofrezca al alcance, y para ordenar la retirada á la menor señal de daño ó de peligro. A mí me gusta una bella casa, pero siempre que corra á cargo de otro; y así, ni más ni menos, me gusta una mujer bella.

Uno seduce deliberadamente á la mujer de su amigo; otro, bajo un falso nombre, quita la prometida á su hermano. Un tercero soborna testigos para pescar una dote. Ruego al lector que lea por sí mismo las delicadas estratagemas de Worthy, de Mirabell y otros. Son tunos refinados que manejan como maestros el fraude, el adulterio y la estafa. Aquí se los presenta como personas de porte distinguido: son los protagonistas, y, como tales, se llevan al fin las muchachas de dinero. Hay que ver en Mirabell, por ejemplo, esa mezcla de corrupción y de elegancia. Mistress Fainall, antigua amante suya, casada por él mismo con un amigo común, que es un miserable, se queja á Mirabell de ese odioso matrimonio. El la calma, la aconseja, la indica la medida exacta, el ten con ten que debe conciliarlo todo.

—Debéis sentir aversión hacia vuestro marido, pero no más que la estrictamente necesaria para sentir afición á vuestro amante (1).

Ella exclama con desesperación:

(1) Congrève: *The Way of the World*, acto II, escena IV.

—¿Por qué me habéis hecho casar con ese hombre? Él sonríe afectando gravedad:

—¿Por qué realizamos todos los días acciones peligrosas y desagradables? Por salvar ese ídolo de la reputación.

¡Qué argumento tan cariñoso! ¿Se puede consolar mejor á una mujer á quien se ha sumido en la mayor desgracia? ¡Y qué lógica tan conmovedora la de la insinuación que sigue!

—Si la familiaridad de nuestros amores hubiese producido las consecuencias que temáis, ¿quién como un marido para llevar el nombre de padre?

El insiste en un estilo excelente; óigase este dilema de un hombre de corazón:

—Vuestro marido era exactamente lo que necesitábamos: ni demasiado vil, ni demasiado virtuoso. Uno mejor no hubiera debido ser *sacrificado*; uno peor no hubiera respondido á nuestra idea. Cuando os canséis de él, ya sabéis el remedio.

Así se tratan los sentimientos de una mujer, sobre todo de una mujer á quien se ha amado. Para colmo, esa delicada conversación tiene por objeto hacer entrar á la pobre abandonada en una baja intriga que procurará á Mirabell una mujer guapa y una buena dote. He ahí los personajes cultos de este teatro: personajes tan bajos como los incultos, puesto que no han hecho más que transformar los malos instintos en vicios reflexivos, la concupiscencia en disolución, la brutalidad en cinismo, la perversidad en depravación; personajes egoístas á sabiendas, sensuales con cálculo; inmorales por sistema; hombres que reducen el honor á las conveniencias sociales, los sentimientos al interés y la felicidad al placer.

Toda la restauración inglesa fué una de esas gran-

des crisis que, falseando el desarrollo de una sociedad y de una literatura, manifiestan el espíritu interior que alteran y que las contradice. Ni faltaron fuerzas á esa sociedad ni talento á esa literatura; sus hombres de mundo fueron personas cultas; sus escritores fueron inventivos. Hubo una corte, salones, conversación, vida de sociedad, afición á las letras, el ejemplo de Francia, paz, holgura, ambiente circundante de ciencia, de política, de teología; en resumen: todas las circunstancias propicias que pueden elevar el espíritu y civilizar las costumbres. Hubo el vigor satírico de Wycherley, el brillante diálogo y la fina ironía de Congreve, la franca naturalidad y la viveza y animación de Vanbrugh, las múltiples invenciones de Farquhar; en resumen, todos los recursos que pueden alimentar el espíritu cómico y añadir un verdadero teatro á las mejores construcciones del espíritu humano. Nada prosperó, y todo abortó. Ese mundo no ha dejado más que un recuerdo de corrupción; esa comedia no ha pasado de un repertorio de vicios; esa sociedad no tuvo más que una elegancia salpicada de lodo; esa literatura no alcanzó más que una genialidad tibia. Las costumbres fueron groseras ó frívolas; las ideas, incópletas ó fútiles. Por hastío y por contraste, se preparaba una revolución en las inclinaciones literarias y en los hábitos morales, á la vez que en las creencias generales y en la constitución política. El hombre cambiaba por entero y por un solo impulso. La misma repulsión y la misma experiencia le desligaban de todas las fases de su antiguo estado. El inglés descubría que no es monárquico, papista ni escéptico, sino liberal, protestante y creyente. Comprendía que no es disipado, ni mundano, sino reflexivo y concentrado. Hay en él una corriente demasiado

violenta de vida animal para que pueda precipitarse sin peligro por la pendiente del goce; necesita una barrera de razonamientos morales que reprima sus desbordamientos. Hay en él una corriente demasiado poderosa de atención y de voluntad para que pueda satisfacerse con frivolidades; necesita un trabajo fuerte y útil en que gastar su fuerza. Le hace falta un dique y un empleo. Le hace falta una constitución y una religión que le refrenen y ocupen, ofreciéndole deberes que observar y derechos que defender. No se halla en su centro más que en la vida seria y ordenada; allí encuentra el cauce natural y el desahogo necesario de sus facultades y de sus pasiones. Ya ahora entra en ese cauce, y ese mismo teatro lo revela: decae y se transforma. Collier le desacredita; Addison le censura. El sentimiento nacional despierta en él: las costumbres francesas son blanco de burlas; los prólogos celebran los descalabros de Luis XIV; se presentan bajo un aspecto ridículo ú odioso, la licencia, la elegancia y la religión de su corte (1). Gradualmente disminuye la inmoralidad, se respeta más el matrimonio, los protagonistas no llegan ya más que al borde del adulterio (2); los libertinos se detienen en el momento escabroso; quién, en este instante, se declara purificado y habla en verso para acentuar mejor su fervor; quién ensalza el matrimonio; algunos, en el acto quinto, aspiran á la vida arreglada. En adelante declina la comedia, y el talento literario toma otro rumbo. El ensayo, la novela, la sátira, la disertación, reemplazan al dra-

(1) Papel del capellán Foigard en Farquhar (*Beaux Stratagem*), de mademoiselle, y en general de todos los franceses.

(2) Papel de Armanda en *Belapse* (Vanbrugh); papel de mistress Sullen, conversión de los dos libertinos, en *The Beaux Stratagem* (Farquhar).

ma, y el espíritu inglés clásico, abandonando géneros que reguggnan á su índole, inaugura las grandes obras que van á eternizarle y expresarle.

X

Sin embargo, en medio de esa decadencia continua de la invención teatral y de ese gran cambio de dirección de la savia literaria, todavía brotan de tarde en tarde algunos vástagos por el lado de la comedia: es que los hombres tienen siempre deseos de divertirse, y el teatro es siempre un lugar de diversión. Una vez plantado el árbol, subsiste: subsiste pobremente, es verdad, con largos intervalos de sequedad casi completa y de abortos casi constantes, pero destinado, con todo, á renovaciones imperfectas, á semiflorecimientos pasajeros, á veces á producciones inferiores que brotan en sus ramas más bajas. Aun después de agotados los grandes asuntos, todavía hay cabida aquí y allí para invenciones afortunadas. Que aparezca un hombre de ingenio, diestro y perito, y cogerá al vuelo las ridiculeces; llevará á la escena algún vicio ó alguna extravagancia de su tiempo; el público acudirá, y no pedirá más que reconocerse á sí propio y reír. Hubo un éxito de esta especie cuando Gay puso en escena la picardía de la alta sociedad (1), y vengó al público de Walpole y de la corte. Hubo otro éxito de ese linaje, cuando Goldsmith, inventando una serie de peripecias, condujo á su protagonista y á su auditorio al través de cinco actos de quidproquos (2). Después de

(1) *Beggar's Opera*.

(2) *She stoops to conquer*.